

Rubén Darío. (1)

Hace más de dos lustros, cuando tomé en Burdeos el tren rápido para la inmensa y luminosa París, dos cosas inquietaban a mis veinte años. Las recuerdo con nitidez y fuerza sentimental, porque aquellas dos cosas eran conocer el alma sabia y lírica de Francia, y ver, estrechar la mano y tratar al poeta de *El Coloquio de los Centau-*

(1) Requerido por la Dirección de *Nosotros* para que escribiese algo sobre el noble poeta, extraigo una parte del trabajo que comencé a escribir al ser herido por la noticia de su muerte. Dijéronmela frente al mar, cuando contemplaba las velas latinas de las barcazas pescadoras, repletas de aire, claras y heroicas, y que como un canto cruzaban rápidas ante mi vista. La mala nueva hizome recordar todos los profundos dolores que atormentaban la vida del gran lírico. Supuse que para él, padre de la Belleza, la muerte había sido triste y desesperante. Recordé las ansias y las angustias de su alma, su gran corazón... Y el mar me pareció pensativo y las olas acompañaron mi muda y honda letanía.

ros, muerto ayer en su ciudad natal, la tropical y adormecida León de Nicaragua.

— ¡Rubén Darío!

Llenos de Espronceda, de Zorrilla, de Núñez de Arce y Campoamor, de Díaz Mirón y Dios Peza y otros ilustres y grandes portulirras del romanticismo, la musa de Rubén Darío nos trajo, cuando comenzó a cantar, un perfume y una gracia que orientó el sentido estético de las generaciones jóvenes de habla hispana hacia campos más floridos, más libres y más nuevos. A la estepa castellana del idioma, bizarra, seca y sonante como las tizonas, le trajo los lagos, las flores, la elegancia, la gracia y la música infinita e inefable. Dió a los sentimientos una expresión excelsa y delicada cual si las palabras fueran la esencia del espíritu.

Fué entonces cuando nos invadió el ansia del arte peregrino de la belleza y de la música verbal hecha con sonos y matices puros, delicados, dignísimos y deslumbrantes. *Prosas profanas* diónos alas para volar y sentir; y *Los Raros*, como una maravilla espiritual, nos dejaron

una enseñanza estética para entonces y para hoy, muy hermosa, muy idealista y muy generosa para las letras. Y junto con ese presente estupendo, junto con el magnífico cortejo de sus evocaciones, trájonos también una pauta para dulcificar el dolor—¡él que había sufrido tanto!— al ser cantado con serena altivez y con noble elegancia. Rubén Darío vino a ser para nuestra literatura, por su advenimiento trascendental, el maestro creador, el padre lírico que arribara con su sonora y clara lira para invadir las almas de la juventud y para dar perfume y lustre a la lengua gloriosa. Y la juventud, noble y fuerte siempre como los leones y las encinas, siempre abierta para los buenos vientos, fué invadida por el soplo sagrado, del cual más tarde habrían de retoñar almas tan selectas y lirras tan grandes como las de Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Ricardo Jaimes Freyre, Guillermo Valencia, Amado Nervo, Manuel Machado, Juan R. Jiménez, el mismo D. Ramón del Valle-Inclán, Francisco Villaespesa, Antonio Machado, Eduardo Marquina y muchos otros nobles señores de la diosa Poesía.

Esa juventud pasó a ser, bajo la advocación del maestro y en el mismo surco profundo que abriera, de invadida a invasora, no sin antes haber sostenido una larga y tesonera brega, al término de la cual obtuvo, en buena y justísima ley, el laurel del triunfo y las letras hispanas alcanzaron un glorioso florecimiento y se flexibilizaron frente a una nueva belleza.

* * *

¡Ir a ver a Darío!... El hecho, francamente, constituía un buen acontecimiento y producía cierto temblor emocionado. Vivía el poeta en la calle Legendre, 166, frente por frente a la casa que ocupaba entonces Manuel Ugarte. En el primer piso, en un departamento obscuro y sin aire, me detuve. Vacilé antes de tirar del cordón de la campanilla que tenía en mi diestra. No fué una sola la vez que pensé retirarme por temor de ser molesto. Darío era para mí, en aquella época y en aquellos sueños, lo que pienso era

para todos los escritores de mi generación: un semidiós admirado y respetado. Así, iba pensando que era necesario hablarle en forma distinta de como hablaba a los demás mortales. Sentía, además, rubor porque temía que me fulminara al conocerme; pues tiempo antes había cometido el delito de remitirle un poema inédito para que lo leyese y me diera su opinión. En fin... Estaba en París. Conocía ya el Barrio Latino, las grisetas, la taberna y la mesa de mármol donde Verlaine escribió sus versos dolientes; en el bulevar, mi brazo había rozado el brazo de Catulle Mendès y, por lo tanto, tenía derecho a verlo. ¡Ánimo!...

La campanilla sonó temerosamente.

Un hombre alto, taciturno y adormilado abrió la puerta. Tenía su cabello en desorden, en la mano una pipa, y estaba envuelto en un ancho y formidable sobretodo.

Yo tosí un poco antes de decirle nada, y recuerdo que confundía mi bastón con mi sombrero, alternativamente.

— ¿Rubén Darío?...

— Soy yo, joven...

Le dije quién era como pude, balbuciente y embargado por una emoción infantil. Darío escuchó con placer el nombre de Buenos Aires, de *El Tiempo*, cuya correspondencia epistolar había llevado yo a Europa; de Carlos Vega Belgrano, de Payró, de Lugones, de Ghiraldo. El gran vate animóse en seguida. No quiso leer las dos o tres cartas de escritores en las que se me presentaba. Ya no era el hombre adormilado. Un brillo penetrante tradujo en sus ojos aquella bondad tan rara y tan única de su buena alma. Efusivo, cordialísimo, hospitalario e ingenuo como un niño, me tendió sus dos manos y pude advertir entonces que la emoción del maestro no era menor a la que el discípulo sintiera al tocar la campanilla. Aquella tarde le sorprendí escribiendo el *Soneto a Cervantes*, que terminó trabajosamente muchos días después, alternando la escritura con lecturas en voz alta de la vida de Fra Domenico Cavalca, a quien leía con fruición y deleite.

Una hora después se había establecido entre

los dos una amistad pura y cristalina, con la cual me honró hasta su muerte.

A los pocos días, pude comprender que el semidiós imaginado no era tan olímpico ni tan dichoso. De nada le servían sus jardines floridos, ni sus selvas, ni sus centauros, ni sus ninfas. Refirióme sus dolores, su deasosiego, su tedio y su intranquilidad. Entre su obra, diáfana, serena, generosa y bella, y su vida, habíase interpuesto el dolor, terrible y lentísimo, pero que jamás logró abatir a su extraordinaria cabeza ni contaminar a su espíritu inmortal. Me apenó. Al ver en aquel poeta tan grande, en aquella enorme cultura, en aquel hombre corpulento y en aquella alma que tanto había hecho soñar y sentir un hombre triste, un ser para quien todo era nostálgico y aburrido, tuve la emoción de una angustia infinita.

Hacia un mes que el poeta vivía solo en su departamento de la calle Legendre. Francisca, su compañera, había partido para su tierra, España, a dar a luz un hijo, según me dijera Darío no sin cierta pesadumbre. Esta señora, a quien

no conocí, inició sus relaciones con el poeta en Madrid. Los amigos de Rubén llamabanla cariñosamente la Princesa Paca, denominación hecha por Amado Nervo o Mariano de Cavia, según me dijeron. El maestro, en muchas conversaciones íntimas, cuando se consolaba haciendo confidencias, hablaba muy poco de hijos y de esposa, a la que citaba en una forma muy vaga y muy enigmática, cual si se tratara de una leyenda.

El hijo de la señora nombrada y de Rubén Darío parece que pudo dar su último adiós al grande hombre.

Una noche, al regresar del Barrio Latino, el poeta estaba cargado de tristeza y de pesadumbres. Aquella alma, que para la bondad era un santo y para la belleza un sacerdote, estaba herido por la dura realidad de la existencia. Apoyado sobre una mesa circular cubierta con una carpeta azul, fumando en su pipa, suavemente, un tabaco inglés de aroma penetrante, su cabeza se destacaba como la de una estatua. Entrecerraba sus ojos en una forma que me revelaba

bien a las claras toda la gran actividad interior de su espíritu. Hablaba largo rato de asuntos literarios, trasluciéndose una de las culturas más profusas y firmes de cuantas culturas literarias puedan existir. Luego tocaba en un piano que había adquirido a crédito algunas canciones de su Nicaragua.

Musitaba con mucha frecuencia, casi a diario, en voz fina:

*Mañanitas, mañanitas
Como que quieren llover,
Así estaban las mañanas
Cuando te empecé a querer...*

Esa copla debía tener para el querido poeta alguna relación profunda con su ser. Una noche noté que al cantarla sus ojos estaban empañados.

Rubén Darío no podía estar solo. Érale necesario el bullicio y la luz, pues el silencio, la soledad y la noche lo atormentaban. Y era entonces cuando aquel roble necesitaba el estimulante alcohol para alejar de sí los tormentos.

* * *

En aquella fecha Darío fué nombrado cónsul de Nicaragua en París. Este cargo, junto con el de su corresponsalia de *La Nación*, dábanle dineros abundantes para vivir con cierta opulencia. Naturalmente, un hombre de su alcurnia intelectual era el ser más inútil, el cerebro más incapaz para los asuntos prácticos y económicos. Era desordenado y nunca tuvo la más mínima noción del valor del dinero, ni del oro, ni de la riqueza. ¡Era tan millonario de espíritu!

Su oro y sus joyas iba a buscarlas en los libros viejos de los muelles del Sena, en el Panteón, en el Louvre. Gustábanle, por predilección de gran señor, los luises de oro, y a veces solía cambiar un billete azul de 500 francos por monedas de 20. Las acariciaba, hacíalas sonar dándoles golpes en el bolsillo del chaleco; pero era ese un deseo literario nada más, una picardía caballeresca, porque luego era capaz de entregarlos a un ser cualquiera que le refiriese un dolor o una miseria. Darío llevaba sobre sí un gran corazón. Se conmovía ante la desgracia ajena. Una simple noticia de los *Faits divers* lo

preocupaba acaso más hondamente que a los interesados. ¡Pobre y grande Rubén! Pertenecía a una estirpe que nada tiene que hacer en esta época. En el tumulto doloroso de su ser, envenenado por la excitación, estaban intactas y purísimas su bondad y su ingenuidad. Verlaine tuvo un ciclo de perversidad que sus biógrafos no pueden ocultar. Pero Darío no fué malo nunca, ni perverso, ni satánico. No buscó refinamientos sensuales, ni placeres equívocos. Sólo el alcohol fué su enemigo solapado, avieso y estrangulante. Fué para él no un pecado maldito, sino los siete pecados capitales juntos. El sensualismo y la gula nunca los sintió, y el primero lo tenía olvidado por una impotencia prematura. Recuerdo con tristeza el gesto de angustia que tenía al ver pasar una pareja amorosa bajo la risa de juventud. Era un gesto que daba sensación de una vida estrangulada, que mostraba una leyenda de desolaciones...

El ilustre pensador uruguayo José Enrique Rodó, admirable biógrafo de Darío, ha establecido acabadamente cuál es la alta jerarquía de

su musa. En el blasón, por signo debe llevar un cisne. Bella ficción es esa para la poesía del maestro. Mas habría que añadir en uno de los campos simbólicos la máscara de Prometeo doloroso, pues junto con la frescura y la gracia de su musa, palpitaba un constante martirio, martirio que aprisionaba al hombre y le hacía vivir en el dolor.

Ya para la época de estos recuerdos mortificábanle las alucinaciones. Un miedo de morir a cada instante lo torturaba. Íbamos a dirigirnos a Versalles.

— Pasaremos, Tena, por donde pasaba Napoleón I... En los jardines, en las fuentes, en el templete del Amor, verá usted cómo vuelan aún los madrigales...

Darío tenía un don poderoso para evocar y vivir con profundidad mística sus evocaciones, acompañándolas con gestos y ademanes del caso.

El poeta, vestido con una levita correctísima y un sombrero de felpa, enguantado, erguido y ágil, parecía tener un buen día. Sus ojos

estaban claros y profundos. Y ya en la estación de San Lázaro, una idea catastrófica lo anonadó de súbito:

— Tena, ¿y si nos ocurriera una desgracia? Estos trenes del diablo...

Trabajo me costó persuadirlo de lo contrario, y el breve viaje fué para él un verdadero martirio. Una hora después, el gran poeta se regocijaba ante el aposento napoleónico.

Apretados sus gruesos labios, semicerrados los ojos, aquellos ojos de Darío, que parecían los de un japonés adormecido, soñaba y vivía una vida ideal, la vida maravillosa que nos cantara en sus *Prosas profanas*.

* * *

Si la vida de Rubén Darío en su primera juventud hubiera sido algo más risueña y plácida de lo que fué, y si su bolsa hubiera tenido siempre los dineros necesarios para vivir la realidad, acaso el gran poeta no hubiese elegido el consuelo perenne de los licores, consuelo que se

brindaba a sí mismo con la misma falacia en que el Diablo de Goethe brindara a Fausto la juventud.

La lengua hispana tuvo en él a un gran poeta, a un gran artista y a un creador. Mas sin los tormentos que lo agobiaron, el genio que aleataba sobre su cerebro se habría fijado firme, y entonces Darío habría tenido la profusa montaña literaria de la misma altura que la de Víctor Hugo.

Ya conocemos cuánta era la belleza y cuán bello el torrente de su cuerda épica y heroica. El *Canto a la Argentina*, la *Marcha triunfal*, la *Oda a Mitre*, la *Salutación a Hispania*, *Lutecia* y muchos otros poemas, y su prosa robusta, entusiasta y vehemente, dicen con claridad a qué alturas de expresión llegó y nos revelan a un poeta excelso que no fué más fecundo porque uno de los encantos de su musa era el encanto de la síntesis y de la brevedad, como es breve y sintético el tesoro de Venus y de Palas Atenea. ¡Pero el licor!... Ese licor cuya promesa encantadora está maldita como la de la serpiente,

el licor homicida de Edgardo Allan Poe, de Carlos Baudelaire, de Paul Verlaine, de Rollinat, era también del maestro. Yo he visto de cerca cómo lo ensombreció. He visto cómo iba labrando un estrago horrible en su espíritu. Había complicado a todo su ser en una forma diabólica. Sus nervios estaban trastocados, su cuerpo languidecía de manera irremediable cuando intentaba alejarse de la copa consoladora y fatídica a la vez. Muchos avances hizo el hábito. En más de una ocasión le mostró las puertas de la muerte; pero al final, si el cuerpo era vencido, quedábale intacto al gran poeta su lira, su espíritu y su corazón fresco y noble cuando escribía verso o prosa con aquella letra clara, fina y enérgica, cual si cada signo fuera un bordado decorativo sobre el blanco y ansioso papel. Entonces parecía que todo el Olimpo defendía a su espíritu. Apolo posaba su diestra sobre la cabeza ardiente del poeta, y una náyade de las que cantara venía a refrescar su corazón hasta hacerlo una rosa.

Cualquier visita turbaba la tranquilidad de Rubén Darío. Si no se trataba de una persona de su estrecha intimidad, comenzaba a sentir un miedo físico que llegaba hasta dar a su palabra una inquieta tartamudez. En su penúltimo viaje a Buenos Aires, cuando fuera secretario de la Delegación nicaragüense al Congreso Panamericano celebrado en Río de Janeiro, al anunciarle un criado la visita del Dr. Epifanio Portela, el poeta corrió presto a ponerse un chaleco de seda gris y a beber sorbos de coñac de un frasco plano que guardaba en uno de los bolsillos del pantalón, como un talismán. La ingenuidad de ser elegante mezclábase a la fuerza de cobrar energías para atender como correspondía a un ministro diplomático.

Todo su ser era bondad. No era orgulloso. Nunca daba importancia a sus obras, y los elogios, vinieren de quien vinieren, no lograban provocar en él ni la más ligera vanidad. Cantaba como los ruiseñores, como las alondras y como el mar, sin pedir opinión.

Frente a otra persona era tímido. Nada hacia

que tuviera expresiones literarias o sentimentales. Empero, cuando en un grupo de amigos íntimos hablaba, hacía lo con pausa, pero narrando episodios interesantísimos, con detalles profusos, con gusto delicado, embelleciendo el giro con figuras, que era cual si las esculpiese, con opiniones serias y profundas. Entonces parecía un rey del país de la Belleza, seguro de su dominio.

La generosidad era en Darío un perfecto proverbio. Era muy fácil conmovérselo, porque él mismo se conmovía. En cierta ocasión, madame Boulet, gobernanta, ecónoma y cocinera, robó al poeta unas cuantas monedas de oro. Naturalmente, la fámula no volvió. Darío se preocupaba por la ausencia y no quedó tranquilo hasta que la encontró.

Esta Mme. Boulet es una mujer que tiene su poquito de historia. A pesar de sus treinta y cinco años era una mujer atrayente y picaresca, que daba que hacer a los amigos del poeta, entre los que se contaban el malogrado Dr. José V. Vivarés y el ingeniero Emilio Rotkopf, hermano

del periodista Adolfo. El conde de las Hazas, como se llamaba en París; el también malogrado Lopecito, muerto trágicamente en Rosario, tuvo con ella una aventura que nos regocijó a todos, y especialmente a Rubén Darío. La tal aventura hizo que las monedas de oro hurtadas por madame Boulet volvieran a su dueño con intereses crecidos: un pavo trufado y abundante Champaña bebido en las frondosas selvas de Saint-Cloud...

* * *

Rubén Darío, sentimental, era un niño, un niño bueno. Jamás tuvo una frase de crítica para ningún escritor. Su censura mayor no pasaba de esta frase, que acostumbraba a decir con suave firmeza:

— No me gusta; no lo comprendo...

Tratándose de elogios era, en cambio, entusiasta hasta el ditirambo. Todos eran grandes talentos. Los escritores hispanoamericanos más difundidos le merecían admiración. Gómez Ca-

rrillo, Blanco Fombona, Miguel Eduardo Pardo, Bonafoux, Bobadilla...

Sin embargo, como el poeta era el astro mayor, no le faltaban enemigos.

* * *

Una semana antes del aniversario del general Mitre, Darío estaba nervioso ante el temor de sufrir el olvido de enviar su salutación al glorioso hombre público. Recuerdo que guardó en uno de los escritorios del Consulado dos luisés bajo siete llaves y custodias terribles para no verse sin dinero el día que iba a enviar el cablegrama.

Diariamente pensaba en ello, y acaso aquélla fuera una de las raras veces que diera valor al oro. Hecho el telegrama, Darío sintió una enorme satisfacción, pues al general le profesaba un profundo respeto.

* * *

Es difícil decir cuál de las poesías del maestro es la mejor, ni menos establecer cuál de ellas reúne mayores valores literarios.

Son innumerables los poemas y composiciones dignos de la inmortalidad. Pero considerado desde el punto de vista de la perfección literaria y poética, del pensamiento, de la filosofía y de la estética, todo en un ánfora divina, *El Coloquio de los Centauros* es el poema más noble, más profundo y más hermoso de la literatura española moderna y una de las obras más acabadas de cuantas se han escrito en lengua castellana.

No es el objeto de estas líneas estudiar literariamente al gran poeta. Otros críticos lo han hecho acabadamente y muchos escritores lo seguirán haciendo. Pero ante la muerte de Darío, toda su prosa maravillosa y todos sus versos magníficos reviven. Pueblan de belleza a las almas, cual si los versos y la prosa brotaran de una fuerza divina.

ALBERTO TENA.

Febrero 10 de 1916.

ÍNDICE

| | <u>Páginas.</u> |
|----------------------------------|-----------------|
| Ramillete de reflexiones..... | 5 |
| «Almafuerte»..... | 11 |
| Un solo de Mr. Monney..... | 29 |
| Córdoba..... | 39 |
| Sensaciones de viaje..... | 47 |
| Luis Bográn..... | 55 |
| Memorias..... | 63 |
| El general Lachambre..... | 71 |
| Los grandes diarios..... | 77 |
| La esfinge..... | 87 |
| Onofroffismo..... | 103 |
| El amigo Azaroff..... | 115 |
| Horacianas..... | 125 |
| Carlos Ezeta en Monte-Carlo..... | 131 |
| Nansen..... | 139 |

TRADUCCIONES

| | |
|--------------------------------------|-----|
| FIESTAS PRIMAVERALES: Una dalia..... | 145 |
| Flores de Ofelia..... | 147 |
| Los nenúfares..... | 151 |